

José María Imízcoz\*

## Actores, redes, procesos: reflexiones para una historia más global

R E S U M O

*“Actores, redes, procesos” reflexiona sobre cómo aplicar los análisis de red social a una historia con vocación de globalidad. Para ello, los plantea como instrumento eficaz de un análisis inductivo, que parta no de categorías preestablecidas sino de la observación de los individuos, para descubrir las relaciones efectivas entre ellos y, por tanto, sus configuraciones sociales reales. En el punto de partida, se considera que los hombres y mujeres son sujetos de una historia, la suya, que es al mismo tiempo económica, política, social y cultural, y que, por ello, pueden tomarse como principio de relación e hilo conductor de una investigación que busque la relación interna, no sobrevenida, de esa historia. Sin embargo, para que esto sea posible, los análisis de red social no se pueden quedar en un conjunto de técnicas de medición, ni se pueden trasladar acríticamente los principios de la sociología de redes contemporánea a las sociedades del pasado. En esta línea, el artículo valora las aportaciones de dichos análisis, pero reflexiona, al mismo tiempo, sobre las insuficiencias que limitan su alcance y propone vías para un modelo más integrador de análisis relacional, que tenga en cuenta las relaciones entre los actores y las formas de organización social. La tercera parte se centra, más específicamente, en la sociedad del Antiguo Régimen, buscando el equilibrio necesario entre los elementos estructurantes de sus vínculos sociales y el análisis de los actores y de sus redes egocentradas. Por último, se observan aplicaciones a las élites dirigentes de la España del siglo XVIII y, en cuanto a las fuentes documentales, se propone la explotación intensiva de la correspondencia epistolar como fuente privilegiada para los análisis de red social.*

Tras la crisis de los grandes paradigmas historiográficos que resultaron dominantes hasta los años 1980, el análisis inductivo de la sociedad a partir de los actores sociales se está revelando como un paradigma especialmente prometedor. En este procedimiento, el análisis relacional juega un papel decisivo. En lugar de partir de categorías sociales preestablecidas, dicho análisis parte de la observación de las relaciones efectivas entre los individuos para reconstruir sus redes y configuraciones reales. En la Sociología de las últimas décadas, este principio se ha desarrollado con una fuerza especial bajo el nombre de “análisis de red social”. Sin embargo, para ser realmente válido, en particular cara al análisis histórico de las sociedades del pasado, dicho análisis debería integrar de una forma equilibrada dimensiones de la realidad social que, en un primer momento, empezó desechando, sin duda como efecto de la ruptura inicial con los análisis categoriales clásicos, pero que son indispensables para un análisis global de la sociedad. En particular, es

\* Universidad del País Vasco (España): [www.ehu.es/grupoimizcoz](http://www.ehu.es/grupoimizcoz).

necesario reconsiderar la relación entre actores y “estructuras sociales” o sistémicas, entendidas como formas de organización social, y la relación entre actores y cultura, entendiendo por ello el conjunto de representaciones, valores y normas con las que (y con respecto a las cuales) los actores se mueven.

Nuestras propuestas se van a desarrollar en cuatro tiempos. En un primer momento, reflexionaremos sobre los actores sociales como protagonistas de la historia y, por lo tanto, como principio de coherencia y globalidad. La segunda parte se centrará en los “análisis de red social”. Valoraremos sus aportaciones para investigar las configuraciones de los actores sociales, pero también las insuficiencias que, a nuestro entender, limitan su alcance, y propondremos vías para un modelo más integrador de análisis relacional, cara a una historia más global. En la tercera parte, nos centraremos en la sociedad del Antiguo Régimen para buscar el equilibrio necesario entre los elementos estructurantes de sus vínculos sociales y el análisis de los actores y de sus redes egocentradas. Por último, nos referiremos al campo que estamos trabajando – el de la emergencia de élites dirigentes en la España del siglo XVIII- para observar cómo el seguimiento de los actores sociales desborda ampliamente los marcos sectoriales establecidos y requiere un análisis relacional. En cuanto a las fuentes documentales, la correspondencia epistolar, explotada de forma intensiva, se revela como un instrumento de primera magnitud para la observación de los actores, de sus redes y de sus dinámicas históricas.

## 1. LOS ACTORES SOCIALES: UN PRINCIPIO DE GLOBALIDAD

### a. Un principio de coherencia para una historia más global

Desde finales de los años 1970 se produjo una crisis de los grandes paradigmas científicos que unificaban la investigación histórica y que habían dominado la historiografía durante el siglo XX. Se deshizo la creencia de que la sociedad era un todo estructurado que evolucionaba guiada por algún principio rector de carácter universal que confería unidad al proceso y lo dotaba de sentido. Hasta entonces, el historiador podía aspirar a construir un relato dotado de unidad, de coherencia interna, en el que todos los niveles estuvieran trabados y guiados por una ley de desarrollo que determinaba el futuro. Esto ha dejado paso a una época caracterizada por la dispersión de concepciones, el desmigajamiento de los temas y la pluralidad de métodos<sup>1</sup>. Sin embargo, muchos historiadores no se contentan con esta historia en migajas y buscan principios de coherencia que puedan orientar la investigación para captar de forma operativa las relaciones entre las diferentes dimensiones de lo real, que las historias sectoriales perciben separadamente. ¿De qué modo?

Las propuestas de “historia total” que se habían formulado hasta entonces tenían la ambición de captar la globalidad a partir de la coherencia de un principio único o dominante de inteligibilidad. Se pretendía entender la interrelación orgánica de los diversos

---

<sup>1</sup> JULIA, 1992.

elementos y planos de una sociedad en movimiento, proponiendo modelos de explicación que concebían a la sociedad como una estructura en la que unos niveles determinaban o condicionaban a otros. En los modelos entonces dominantes – como el materialismo histórico, la historia socio-económica o la historia regional de Annales- lo económico definía lo social y determinaba lo político y lo cultural. Las diferencias en el aparato de producción definían a los “grupos sociales” o clases, a los que se atribuía la agencia histórica y cuyas contradicciones y conflictos explicaban el devenir histórico. Por esta vía, la globalidad sólo podía conseguirse al precio de aceptar una jerarquía en la que unos niveles privilegiados determinaban a otros, cosa que pareció excesivamente dogmática al emanciparse nuevos campos de la historia, como el cultural o el político, que reclamaban su relativa autonomía respecto a lo económico. Al fin y al cabo, aquella “historia total” no era sino una historia particular más, o una peculiar manera de escribir la historia.

En los años ochenta y noventa se produce una singular renovación historiográfica que ahonda en la complejidad de lo social y lleva de lo estratificado y uniaxial a lo comunicante y multicausal. Superando los determinismos imperantes – los excesos del estructuralismo, del marxismo vulgar o del economicismo- se abren diversas vías hacia el estudio de los hombres y mujeres como agentes de los procesos de cambio, con una fuerza que ha llevado a caracterizar esta época como de “retorno del sujeto”<sup>2</sup>. No es éste el momento de detenerse en las corrientes y métodos que han ido convergiendo en este movimiento, a pesar de sus diferencias<sup>3</sup>. Desde diversos horizontes, como la microhistoria o el análisis de los actores y sus redes de relaciones, se cuestiona el valor de las categorías con las que se venía trabajando y se transfiere el protagonismo histórico de los “actores alegóricos” clásicos (las clases, los grupos sociales, el Estado) a los actores efectivos de los procesos históricos, los individuos<sup>4</sup>, buscando sus configuraciones colectivas reales, sus motivaciones, experiencias y valores, así como sus interacciones en contextos cambiantes.

La crisis de los grandes paradigmas historiográficos pudo provocar cierta zozobra. El abandono de los grupos sociales y de las categorías clásicas con las que se venía trabajando, en favor de los individuos, hizo temer una vuelta a simples individualidades<sup>5</sup>, una regresión hacia la vieja historia narrativa y positivista, un retroceso de la globalidad a la que aspiraban muchos historiadores. Sin embargo, puede que la humilde experiencia personal de tantos hombres y mujeres no resulte tan disolvente como parecía, sino, al contrario, el hilo de Ariadna hacia una historia más global, si se aplica a explicar procesos de cambio. E.P. Thompson, con sus estudios sobre la formación de la clase obrera en Inglaterra<sup>6</sup>, o F.X. Guerra, con su estudio sobre los actores políticos mexicanos en el paso del Antiguo Régimen a la Revolución<sup>7</sup>, han mostrado cómo, en las experiencias de los

---

<sup>2</sup> BARROS (ed.), 1995.

<sup>3</sup> Presenté un esbozo de este panorama en IMÍZCOZ, 1996: 14-17.

<sup>4</sup> G. GOZZINI, 1991: 24.

<sup>5</sup> He debatido sobre estas cuestiones en “Redes, grupos, clases: algunas reflexiones en torno a un problema”, en IMÍZCOZ, 2003a (en prensa).

<sup>6</sup> THOMPSON, 1977.

<sup>7</sup> GUERRA, 1985: cap. 3.

actores sociales y políticos, se forman visiones y conciencias —culturas en común— que van cuajando, a través de la acción, en formaciones sociales y políticas. De este modo, las experiencias de los hombres y mujeres se convierten en el punto de partida y motor para explicar no sólo procesos de cambio de gran complejidad, sino para reformular, descosificándolo, el concepto de clase<sup>8</sup>, o para proponer nuevas formas de abordar la historia política<sup>9</sup>.

Por éstas y por otras vías, en las últimas décadas se abre paso con fuerza lo que podría ser un nuevo principio unificador, centrado no en un modelo de explicación predeterminado, exterior a la observación, sino en el mismo punto de partida de la observación: los actores sociales. Partir de los hombres y mujeres como protagonistas de su historia para descubrir cómo, en sus experiencias y dinámicas, se relacionan las diferentes dimensiones de la realidad y cómo se produce el cambio histórico. Es un principio de historia global humilde pero eficaz, un principio de coherencia que se sitúa en la misma fuente de observación y en el mismo origen en que se produce y manifiesta la historia. Partiendo de los actores sociales es posible percibir la relación íntima y efectiva entre dimensiones que, de otro modo, aparecen disociadas y que relacionamos de forma sobrevenida, mediante supuestas cadenas de dependencia o determinación.

En este sentido, partir de los hombres y mujeres como agentes del cambio histórico, considerando su experiencia en todos los órdenes (económico, político, social, cultural) puede abrir nuevas vías para una historia global. Como ya advertía Marc Bloch, “el homo religiosus, el homo oeconomicus, el homo politicus, toda esa retahíla de hombres en us, de la que se podría alargar la lista hasta el infinito, son cómodos fantasmas, y el peligro sería grave si los tomáramos por otra cosa. El único ser de carne y hueso es el hombre, sin más, que lo reúne a la vez todo”<sup>10</sup>. Estudiar a los actores sociales desde una perspectiva de historia global que intente explicar procesos de cambio requiere tener en cuenta la globalidad de elementos que constituyen a los actores sociales y que intervienen en las relaciones entre éstos, los contextos y los procesos de cambio.

A la vista de este principio de coherencia, es útil recordar la propuesta de Marc Bloch y Lucien Febvre de que toda historia es social. Creo que aquí tenemos una definición de los hombres en sociedad no sólo como objeto de estudio sino como sujetos de historia. Sólo así se entiende que toda historia sea social, que los actores de toda historia política, económica y cultural sean los hombres y las mujeres en sociedad. De la mano de los actores, es necesario volver a una historia social que aporte una percepción unificadora de las diferentes dimensiones de su historia.

---

<sup>8</sup> TOMPHSON, 1981.

<sup>9</sup> GUERRA, 1990: 245-260.

<sup>10</sup> BLOCH, 1952 (1949): 117-118.

### b. El método inductivo: de los individuos a las configuraciones sociales

Por lo tanto, el seguimiento de los actores y de las relaciones con las que se asocian en la acción puede resultar un hilo conductor de gran centralidad para intentar articular una historia más global. Pero, ¿cómo hacerlo? Un ejemplo especialmente revelador de cómo es posible construir una “historia global” a partir de los individuos es el conocido trabajo de microhistoria de Giovanni Levi<sup>11</sup>. En su investigación, el punto de partida e hilo conductor es el nombre de los individuos, a los que sigue la pista nominal – gracias a una explotación intensiva de la documentación – recogiendo todas sus huellas documentales. De este modo, G. Levi identifica a los actores sociales, los observa en sus acciones plurales, reconstruye sus relaciones y configuraciones efectivas, y puede hacer una historia en la que se cruzan, con una coherencia especial, el parentesco con la economía, con el poder o con el universo cultural. Sin duda, este trabajo es posible gracias a la reducción de la escala de observación al nivel microhistórico, pero, como ha observado M. Gribaudi, el secreto no reside tanto en la escala empleada – que puede variar según el objeto de estudio-, como en el método de investigación inductivo a partir de los individuos.

Comentando la obra de G. Levi, Maurizio Gribaudi ha puesto de relieve la alternativa esencial que divide el campo de la investigación histórica: la alternativa entre dos modelos de análisis – dos modelos de causalidad fundados sobre retóricas demostrativas diferentes – que orientan claramente, en un sentido u otro, el trabajo empírico de la investigación.

El análisis macrosocial clásico es de tipo deductivo. Parte de categorías predefinidas y busca construir sus pruebas a partir de un modelo global. La demostración se halla preinscrita en las categorías establecidas en el modelo y los datos empíricos tienen una función fundamentalmente de ilustración. Esto conlleva una reducción drástica de la complejidad de los datos empíricos, a través de la traducción de sus contenidos nominativos y contextuales en los de las categorías empleadas. Al constituir sus pruebas y generalizarlas a partir de un modelo, reifica de hecho las categorías que constituyen su objeto de análisis. El concepto de norma y los tipos a través de los que diferencia y clasifica el material empírico son al mismo tiempo el producto y la justificación de esas mismas categorías. De este modo, el historiador queda prisionero de las representaciones que pesan no sólo sobre el objeto sino sobre los instrumentos metodológicos utilizados.

Al contrario, el análisis microsocia evita estos problemas. Es inductivo. Construye el conjunto de su argumentación a partir de los datos empíricos. La retórica de la demostración es de tipo generativo: las fuentes proveen el material bruto para individualizar y analizar mecanismos y dinámicas sociales. El análisis inductivo no necesita reducir la complejidad de los datos empíricos, sino al contrario: lejos de rechazar la diversidad de los comportamientos observados, asume la variación y la dispersión, elaborando sus categorías a partir de ellas. Las categorías se constituyen en el curso del

---

<sup>11</sup> LEVI, 1990.

análisis, a partir de la variabilidad misma de los datos empíricos. Este procedimiento se aleja de manera crítica de las categorías establecidas, pero da cuenta de los valores y de los contenidos que recubren en momentos y contextos diferentes<sup>12</sup>.

Este cambio de paradigmas, de las categorías a los actores y sus relaciones, se produce en todas las ciencias sociales. En Sociología se materializa especialmente en los “análisis de red social”. Esta corriente está desarrollando unas reflexiones teóricas y metodológicas sobre el análisis de la sociedad que pueden ser útiles al historiador, con tal de que se sepan adaptar a las características específicas de las sociedades del pasado.

Como sintetizan A. Degenne y M. Forsé, tradicionalmente, la Sociología clásica ha pensado la realidad social en términos de categorías y no en términos de relaciones. Busca explicar las conductas y la acción social en función de categorías como la clase, la profesión, el género, la edad, la religión, el nivel cultural, etc. Estas categorías están construidas a priori como agregados de individuos con atributos semejantes que los caracterizan biológica o socialmente. Estas categorías tienen la ventaja de corresponder a las representaciones del sentido común: esto es, gozan de un grado de realidad fuerte y evidente a primera vista, ya que corresponden a las clasificaciones con las que habitualmente entendemos e interpretamos la realidad social y/o a las representaciones con que se representan a sí mismos los actores sociales (o sus sectores más influyentes). A partir de ahí, se buscan las correlaciones entre “categorías sociales” y conductas, con el objeto de dar cuenta de las dinámicas sociales, observando en qué medida esas categorías descriptivas están relacionadas significativamente con las variables que se intentan explicar.

Sin embargo, este procedimiento plantea el problema de la predeterminación que acecha a todo método deductivo. El análisis reposa sobre categorizaciones establecidas a priori, anteriores a la observación, y el estudio de sus correlaciones consiste a menudo en verificar la mayor o menor pertinencia de dicha categorización. Por un lado, se supone que la estructura social viene dada por un conjunto de atributos y que los individuos que comparten determinados atributos están próximos estructuralmente, cosa que no se puede saber si no se empieza por investigar cuáles son las relaciones efectivas entre las unidades de análisis<sup>13</sup>. Por otro lado, el análisis categorial basado en los atributos no percibe las interrelaciones que superan las fronteras de esas categorías<sup>14</sup>.

Al estudiar correlaciones entre categorías y conductas, los datos no ofrecen una explicación sobre el porqué de esas correlaciones. Para explicarlo, la Sociología clásica ha recurrido tradicionalmente a explicaciones normativas, culturales y psicologizantes. Según éstas, el comportamiento social está normativamente orientado y los individuos de una misma categoría tienen una misma mentalidad o conciencia colectiva, comparten las mismas normas y actúan conforme a esas normas interiorizadas. Como ésto sólo resulta cierto como media, se interpreta que los comportamientos divergentes son marginales

---

<sup>12</sup> GRIBAUDI, 1996: 127-129.

<sup>13</sup> DEGENNE; FORSÉ, 1994: 5-6.

<sup>14</sup> MOLINA, 2001: 19.

dentro del grupo o clase, cuando se pueden deber a que la categoría construida a priori no es correcta. El análisis de red social, al contrario, rechaza las explicaciones según las cuáles los actores son movidos por fuerzas (normas interiorizadas, hábitos, etc.) esto es, por una causalidad abstracta. Las normas no son la causa mecánica de la conducta sino efectos de la situación relacional de la que forman parte los individuos<sup>15</sup>.

En definitiva, el análisis de red social no acepta la predeterminación, anterior a la observación, que supone explicar las conductas y la dinámica social a partir de los atributos de los actores – y de las clasificaciones, categorías o “grupos” correspondientes- y a partir de las normas que imperan supuestamente en esos “grupos”. En esto, su apuesta metodológica es semejante a la que hemos observado en el análisis microhistórico inductivo y es común a un movimiento de fondo que se abre paso actualmente en todas las ciencias sociales: partir de los actores sociales y de sus configuraciones reales para observar cómo se articulan realmente y explicar mejor sus conductas y dinámicas.

Hasta aquí estamos de acuerdo. El problema es cómo hacerlo de forma satisfactoria y, en nuestro caso, cómo aplicarlo a una historia social aglutinadora.

## 2. ACTORES RELACIONADOS: REFLEXIONES SOBRE LOS ANÁLISIS DE RED SOCIAL

### a. Los “análisis de red social”: aportaciones y carencias

En dos textos de los años 1990 planteé una crítica de los límites de los “análisis categoriales” clásicos de la historia social y propuse llevar a cabo un “análisis relacional” de la sociedad del Antiguo Régimen<sup>16</sup>. En cuanto al modo de hacerlo, expresé mis reticencias con respecto a una aplicación acrítica de los “análisis de red social” a la Historia, al menos tal y como se estaban planteando por entonces desde determinada Sociología<sup>17</sup>. Retomo ahora esta cuestión para reflexionar sobre las aportaciones y carencias de dichos análisis y sobre qué deberían tener en cuenta, a mi entender, cara a una historia global como la que estamos planteando.

Para valorar las posibles aportaciones de los análisis de red social a la Historia creo que es necesario distinguir dos niveles, en función de cuáles son sus pretensiones y de qué queremos hacer con ellos. En primer lugar, se constata que, a pesar de la apariencia unívoca del concepto, el análisis de red social recubre una polifonía de propuestas y de enfoques, a veces contradictorios, lo cual se debe, probablemente, a que se trata todavía de “una aproximación en construcción”<sup>18</sup>. Hay quienes sostienen que el análisis de red social es sólo un conjunto de técnicas para medir las características de las redes de relaciones y hay quienes afirman que se trata de un nuevo paradigma sociológico capaz de superar

<sup>15</sup> DEGENNE; FORSÉ, 1994: 6-7.

<sup>16</sup> IMÍZCOZ, 1995, t. II: 341-353; IMÍZCOZ, 1996: 13-50.

<sup>17</sup> IMÍZCOZ, 1996: 23.

<sup>18</sup> MOLINA, 2001: 14.

los análisis categoriales clásicos y explicar mejor la estructura social y los comportamientos de los individuos<sup>19</sup>.

Como conjunto de técnicas, la principal aportación metodológica del análisis de red social, desde su aparición en la Sociología y la Antropología de los años 1950 y 1960, ha consistido en superar el uso metafórico habitual del concepto de red (esto es, el uso de la imagen de la red de relaciones para referirse a un complejo abanico de relaciones mutuas dentro de un sistema social) para llevar a cabo un análisis efectivo de la red social<sup>20</sup>. Para ello, según la definición clásica de J.C. Mitchell, se concibe la red como un conjunto específico de conexiones entre un definido grupo de personas, con la propiedad adicional de que las características de dichas conexiones como un todo pueden usarse para interpretar el comportamiento social de las personas implicadas<sup>21</sup>.

El análisis de red social procura un instrumento de primer orden para medir la red de relaciones entre actores sociales y las características y formas de ésta<sup>22</sup>. Esto se formaliza mediante la representación del campo social como una estructura en red, materializada por un grafo o diagrama, en el cual los individuos son representados por puntos o nodos y las relaciones entre ellos por líneas. De este modo, el concepto de red pasa de ser una metáfora a una herramienta analítica operativa para medir y representar las relaciones entre individuos. Tradicionalmente, este análisis se ha polarizado en los aspectos cuantitativos, utilizando el lenguaje matemático de la teoría de grafos, de las matrices y del álgebra relacional<sup>23</sup>, aunque, como veremos más adelante, parece que cada vez se tiende a valorar más los aspectos cualitativos de las relaciones<sup>24</sup>.

Dichos instrumentos pretenden caracterizar y comparar las estructuras de las redes y las posiciones de los individuos en ellas: analizan la estructura general de la red y el nivel de integración que la caracteriza, midiendo el tamaño y composición de la red, y la densidad, frecuencia, intensidad, etc. de las relaciones; estudian la posición que cada uno de los actores o grupos de actores ocupan en el conjunto de la red, a través de parámetros como la centralidad, la dispersión, la accesibilidad, la mediación, etc.<sup>25</sup>; y pueden observar, así mismo, las funciones de la red y de sus relaciones, esto es, los atributos de cada vínculo y el tipo prevalente de intercambio interpersonal característico tanto de vínculos específicos como de la suma o combinación del conjunto de vínculos<sup>26</sup>.

Si el análisis de red social es sólo un conjunto de técnicas, o si sólo nos interesa instrumentalmente, resulta un instrumento específico para medir y analizar redes de relaciones, y sus técnicas son directamente aplicables a la Historia con dicho fin, como se

---

<sup>19</sup> SANZ MENÉNDEZ, 2003: 21; MOLINA, 2001: 14.

<sup>20</sup> REQUENA SANTOS, 1992: 91-108; PISELLI, 1994: 45-92.

<sup>21</sup> MOUTOUKIAS, 1995: 228.

<sup>22</sup> Una selección y traducción al castellano de los artículos de algunos de los principales autores sobre Network Analysis en REQUENA SANTOS, 2003.

<sup>23</sup> SANZ MENÉNDEZ, 2003: 25.

<sup>24</sup> FOMBUENA VALERO, 2003: 417.

<sup>25</sup> SANZ MENÉNDEZ, 2003: 26; MOLINA, 2001: 32-33.

<sup>26</sup> SLUZKI, 1996: 45-59.



está haciendo, por ejemplo, para el estudio de redes mercantiles y financieras, de redes de poder de las élites gobernantes o de redes de ilustrados. En este caso, sólo cabría debatir sobre las técnicas empleadas, en particular sobre su carácter esencialmente cuantitativo y sobre la necesidad de aportar análisis cualitativos de las relaciones, también para que la cuantificación sea correcta. En este sentido, se han alzado voces críticas para prevenir sobre la supuesta objetividad automática de los datos recogidos por los análisis de red social. Según J.L. Molina, no se observan “relaciones” (en el sentido de relaciones profesionales, relaciones familiares, relaciones de amistad, etc.), sino interacciones entre individuos que hay que interpretar. Para ello es necesario abstraer los datos de la experiencia inmediata en categorías impuestas por el investigador para poder realizar el análisis, de tal modo que la supuesta objetividad de los datos relacionales está sujeta en buena medida a la misma problemática que los datos atributivos<sup>27</sup>. Nuestra experiencia de acercamiento cualitativo a las relaciones interpersonales a través de la correspondencia epistolar revela la importancia de percibir el significado que dichas relaciones tienen para los propios actores<sup>28</sup>. Por último, cara a la Historia, habría que explorar las posibilidades que ofrecen las fuentes documentales para aplicar dichas técnicas a las sociedades del pasado. Trataremos de ello en la última parte.

Hasta aquí, ningún problema de fondo. En cambio, si el análisis de red social pretende ser un paradigma para analizar la sociedad con pretensiones de globalidad y explicar los comportamientos de los actores sociales mejor que los análisis categoriales y culturales o normativos clásicos, es necesario corregir y completar seriamente sus propuestas, integrando elementos esenciales que los análisis de red social han tendido a desechar o a infravalorar, sin duda en su afán por desmarcarse de los análisis categoriales.

En efecto, el análisis de red social nace como reacción contra todo lo que en los análisis sociales clásicos determina a los individuos. En un primer momento, esta línea se caracterizó por un fuerte “individualismo metodológico”. La voluntad de demostrar la no determinación de los roles, de las normas o de los atributos, y, al contrario, las incidencias de la forma de la red sobre las conductas, llevó a obviar o a no reflexionar sobre los atributos y las normas, o sobre su significado o valor desde el punto de vista de la red. Desde luego, esta reducción se opone a nuestra idea de un análisis relacional que parta de los actores como principio de un análisis histórico global.

Los análisis clásicos de red social tienen la virtud de focalizar más radicalmente la atención sobre los individuos y sobre el conjunto de sus interacciones personales, de su red social, como principio de explicación de sus comportamientos. No aceptan ninguna sobredeterminación del individuo por las intenciones de su grupo o por regularidades estadísticas, y se oponen, en particular, a las visiones normativas, estructurales o esencialistas que han tendido a explicar los comportamientos de los actores sociales, de forma automática, por el determinismo de las normas, roles o atributos que supuestamente

---

<sup>27</sup> MOLINA, 2001: 19-20.

<sup>28</sup> IMÍZCOZ, 2003: 165-216.

correspondían a su pertenencia a una categoría o a su estatuto en una comunidad o en un grupo social<sup>29</sup>. De ahí la crítica habitual a Durkheim y a las concepciones que tienden a pensar los vínculos sociales como las normas que los regulan y a analizar los comportamientos de los actores en términos de adecuación o desviación con respecto a dichas normas y roles<sup>30</sup>. Al contrario, las estructuras y normas serían principalmente un efecto emergente de las relaciones entre los individuos.

Sin embargo, esta reacción frente a los planteamientos estructurales lleva a un desequilibrio que constituye, a mi entender, la principal insuficiencia de este modelo. Pone el acento radicalmente en los individuos, pero los vacía de su contenido: de sus atributos, normas y cultura. Esto conduce prácticamente a identificar la estructura social con la sola forma de las redes de relaciones entre individuos, a obviar o a descalificar de entrada los elementos corporativos y estatutarios de la organización social, y a considerar las normas y las representaciones como “artefactos externos a los agentes”<sup>31</sup>, sin observar realmente las relaciones efectivas entre individuos, normas y formas de organización, como cabría esperar en unos análisis centrados en los actores sociales.

Al eliminar de entrada el resto de elementos de la estructura social, y la virtualidad de otros elementos clásicos del análisis social como el estatuto, los recursos o los demás atributos de los actores<sup>32</sup>, se transfiere una virtualidad excesiva a la conectividad, que tiende a quedar como elemento exclusivo, o realmente significativo, para explicar el comportamiento de los individuos. Al eliminar los demás elementos de la realidad individual y social, lo que en principio era un instrumento de análisis corre el riesgo de tomarse como la realidad. Se corre el riesgo de sustantivar la red – y su representación, el grafo- hasta convertirla en la estructura social real, produciéndose una nueva cosificación, paradójicamente por la vía que pretendía evitar la reificación habitual de los análisis clásicos de los grupos sociales.

Sin embargo, sucesivamente, en los años 1980 y 1990, una línea del análisis de red social se ha orientado hacia el análisis de la “estructura social”, bajo el nombre de “análisis estructural de red social”, o “análisis estructural”. Esta vía ha reintroducido en el análisis elementos que inicialmente habían sido explícitamente desechados o simplemente dejados de lado, como las “estructuras sociales”, los “atributos” de los actores y las normas o la cultura. Esta apertura es importante porque permite plantear – desde la observación de las relaciones entre actores- cuáles son, en un sistema dado, las relaciones entre las interacciones individuales y las estructuras organizativas, entre los individuos y los sistemas normativos, entre los individuos y las posiciones estructurales socio-económicas y políticas, y entre las acciones de los actores sociales y las dinámicas de cambio. Parece que esta orientación abre una vía de encuentro para los historiadores que quieren analizar las

---

<sup>29</sup> DEGENNE; FORSÉ, 1994: 12-13; MOUTOUKIAS, 1995: 228-229.

<sup>30</sup> MOUTOUKIAS, 1995: 232-233.

<sup>31</sup> MOUTOUKIAS, 1995: 234.

<sup>32</sup> DEDIEU; MOUTOUKIAS, 1998: 10 y 12.

estructuras sociales del Antiguo Régimen y sus dinámicas de cambio a partir de la observación de los actores sociales.

Sin embargo, para que esto sea posible, es necesario integrar el análisis de red social en un análisis más global, en el que se tengan en cuenta la pluralidad de dimensiones de lo social y no únicamente la relacional. Incluso entre los sociólogos que teorizan el análisis de red social como paradigma de análisis estructural, subsiste un fuerte reduccionismo de lo social a lo relacional. Este reduccionismo se expresa en su lenguaje. Así, por ejemplo, hablan de “estructura social” y de “capital social”, cuando sólo se están refiriendo a la “estructura relacional” y al “capital relacional”<sup>33</sup>. Por ahora, parecen excepcionales las voces que, desde dentro de los análisis de red social, reclaman – refiriéndose a grupos, organizaciones o empresas- que “estas entidades, o actores colectivos, son más que un sistema de relaciones entre miembros: comprenden también, por ejemplo, una cultura o un sistema de normas” y que “reducirlos a su estructura relacional es un empobrecimiento inaceptable en sociología”<sup>34</sup>.

Estos riesgos y parcialidades nos remiten nuevamente a lo que debería ser el punto de partida: no las relaciones, la red o la conectividad, sino los hombres y las mujeres, los actores sociales tomados en su globalidad. Volvamos, por lo tanto, a ellos. Lo interesante de partir de los actores sociales y de sus relaciones no es negar unas dimensiones de la realidad para privilegiar otras, sino, al contrario, poder observar empíricamente cómo se relacionan de hecho unas y otras entre sí.

Los individuos tienen unos atributos y unos valores – de economía, cultura, creencias, capacitación, posición en una escala social, etc.- y se relacionan no sólo con otros individuos, sino con todos los elementos materiales e inmateriales de su entorno y de su conciencia. Estas dimensiones de la realidad no son exteriores a los actores sociales. La cultura, las instituciones, la economía, el poder político, no existen fuera de las personas, están encarnados en ellas o “son llevados” por ellas. Por ello mismo, los actores actúan con sus atributos y con su cultura: con su riqueza, con su estatus, con sus atribuciones jerárquicas, con sus valores, con sus convicciones y dudas, con sus normas e instituciones, con su interés y desinterés, etc. Paradójicamente, el problema de los análisis de red social más individualistas metodológicamente es que manejan un concepto pobre de “individuo”: las personas no son solamente individualidades que se relacionan con otros individuos, guiados únicamente por intereses conscientes y siguiendo estrategias de acción racional<sup>35</sup>.

En definitiva, un análisis satisfactorio de los actores y de sus redes sociales debería de tener en cuenta todos estos elementos para observar, de forma inductiva, la relación entre los elementos relacionales o configuracionales y las demás dimensiones de los actores sociales (las formas de organización social, las jerarquías institucionales, las clases económicas, las creencias y culturas), esto es, de la sociedad.

---

<sup>33</sup> MOLINA, 2001: 16-18; SANZ MENÉNDEZ, 2003: 21 ss.; DEGENNE; FORSÉ, 1994: 5.

<sup>34</sup> LAZEGA, 1998: 5.

<sup>35</sup> INNERARITY, 2001; DOSSE, 1997: 151-159.

## b. Por un modelo más global de análisis relacional

Un análisis estructural de los actores y sus redes sociales debería integrar las estructuras organizativas, los atributos, las normas, incluso las categorías o representaciones con las que los actores se piensan a sí mismos, para analizar de otro modo las relaciones entre los actores y las estructuras, los atributos, las normas y las representaciones: desde el punto de partida de las relaciones entre actores, evitando predeterminaciones y siguiendo un procedimiento inductivo a partir de la observación de la globalidad de dimensiones que encarnan y expresan los individuos en sus actos.

En cuanto a la relación entre actores y estructuras, es necesario superar los planteamientos individualistas del análisis de red social para situarlos en el contexto sistémico de la organización social. La mayor parte de los análisis clásicos de red social se han efectuado en contextos bastante igualitarios y abiertos y se han aplicado en gran medida al estudio de redes egocentradas de individuos que se relacionan con otros individuos con amplios márgenes de libertad y en situaciones bastante informales. En estos contextos individuales, igualitarios y abiertos, de solas relaciones entre individualidades, la “estructura social” equivale o tiende a confundirse con la forma de la red. De ahí la insistencia habitual en estos estudios sobre la necesidad de conocer la forma completa de la red – a la que se confunde con el estructura social- para poder interpretar correctamente el comportamiento de los individuos. Para superar esta percepción tan limitada es necesario integrar los principios y técnicas del “análisis de red social” en un análisis relacional que conceptualice satisfactoriamente las relaciones de los individuos y de sus redes de relaciones con las estructuras de la organización social.

Para ello es necesario un análisis estructural integrador que permita articular los diferentes niveles de análisis –individual, relacional y estructural o sistémico-, de modo que se tengan en cuenta y combinen las características de los actores, las características de las relaciones que tienen entre ellos y las características del conjunto del sistema social<sup>36</sup>. Desde este punto de vista, el análisis de red social se sitúa, a mi entender, en el nivel mezo que permite articular el estudio de la acción y conducta de los individuos a nivel micro con el nivel macro de las estructuras organizativas y los sistemas normativos. Este nivel me parece especialmente operativo para analizar, en una sociedad dada, las configuraciones reales de los actores sociales, sus dinámicas colectivas y de qué modo en estas dinámicas se produce el cambio o la reproducción de las estructuras organizativas y de los sistemas sociales.

Desde la corriente de los análisis estructurales de red social se rechazan las posiciones más radicales tanto del holismo como del individualismo metodológico y se abre una vía, interesante para el historiador, que plantea la relación entre actores y estructuras<sup>37</sup>. Desde esta perspectiva, la estructura es tanto condicionamiento como efecto emergente.

---

<sup>36</sup> LAZEGA, 1998: 9.

<sup>37</sup> DEGENNE, FORSÉ, 1994: 9-16.

La red de relaciones es una estructura que pesa sobre los individuos, pero al mismo tiempo esa estructura es un efecto emergente de la acción de los actores sociales<sup>38</sup>. Las estructuras sociales preexisten a las relaciones entre actores y, en este sentido, condicionan –con un determinismo débil– a los actores sociales. Pero, al mismo tiempo, las estructuras se construyen, refuerzan o modifican como efecto emergente de la acción y las relaciones de los actores sociales<sup>39</sup>. Desde este punto de vista, la observación de la acción de los individuos y de sus redes de relaciones es particularmente apropiada para observar cómo, porqué y con qué significado se producen las dinámicas de cambio histórico.

En cuanto a la relación entre los actores y sus atributos, para los análisis estructurales de red social las “estructuras relacionales” tienen un poder explicativo más importante que los atributos personales de los miembros que componen el sistema. Las personas no se relacionan entre sí libre ni aleatoriamente, sino en función de la “estructura de relaciones” en la que están inmersas<sup>40</sup>. El problema es que esta “estructura de relaciones” no es solamente la forma de la red social, ya que las relaciones entre actores están estrechamente relacionadas con sus atributos. Los actores se relacionan con sus atributos y posiciones económicas, jerárquicas, institucionales y culturales. La organización social, la desigual distribución de los recursos económicos, culturales, institucionales y simbólicos – esto es, los “atributos” de los actores sociales– condicionan las “posiciones” sociales y el tipo de relaciones de unos y otros en la escala social. Quizás esto no resulte tan decisivo en un contexto igualitario, pero sí lo es en sociedades fuertemente jerárquicas y desiguales como las sociedades del Antiguo Régimen. Pensemos, por ejemplo, en el modo en que la relación entre señores y vasallos condicionaba el campo social en las sociedades medievales y modernas.

Hemos señalado cómo, entre los sociólogos que teorizan el análisis de red social, incluso en su variante estructural, se produce un fuerte reduccionismo de lo social a lo relacional, llamando “capital social” a lo que en realidad habría que llamar “capital relacional”<sup>41</sup>. Esta reducción es inadmisibles desde todos los puntos de vista, también desde el relacional, en la medida en que empobrece considerablemente las posibilidades de análisis. Siguiendo la conceptualización de Pierre Bourdieu, el capital social resultaría de la suma del capital económico, cultural, simbólico y relacional, a lo que podemos añadir el capital humano, esto es, la capacidad y carácter de los actores sociales. Si lo enfocamos desde el punto de vista del análisis relacional, el capital social sería el conjunto de recursos actuales o potenciales que están vinculados a la posesión de una red durable de relaciones y el volumen del capital social que posee un actor dependería, por lo tanto, de la red de relaciones que puede movilizar efectivamente y del volumen del capital económico, cultural, simbólico, humano y relacional que posee cada uno de aquellos a quienes está vinculado<sup>42</sup>. Por lo tanto, no se trata de elegir entre atributos o relaciones,

<sup>38</sup> DEGENNE; FORSÉ, 1994: 8.

<sup>39</sup> DEGENNE; FORSÉ, 1994:12.

<sup>40</sup> MOLINA, 2001: 19.

<sup>41</sup> MOLINA, 2001: 16-18; SANZ MENÉNDEZ, 2003: 21 ss.; DEGENNE; FORSÉ, 1994: 5.

<sup>42</sup> BOURDIEU, 1980: 2-3.

sino de observar la relación entre ambas cosas: considerar los atributos de los actores es la única manera de llevar a cabo un análisis relacional satisfactorio.

Los atributos de los actores inciden muy directamente en sus relaciones y en la dinámica de la red y, cuando no se han tenido en cuenta, el análisis relacional se ha visto perjudicado. Tomemos un ejemplo. Diversos autores atribuyen la diferencia de resultados obtenidos por los individuos, por ejemplo a la hora de conseguir un empleo, a la utilización de “lazos débiles” o de “lazos fuertes”, entendiendo que son los “lazos débiles” los que sirven de puente para acceder a instancias o recursos a los que habitualmente no se tiene acceso a través de los “lazos fuertes”, que suelen configurar un ámbito (de recursos e información) más estrecho. De ahí la expresión de Granovetter sobre “la fuerza de los lazos débiles”<sup>43</sup>.

Sin embargo, esta teoría atribuye observaciones empíricas a la forma de los lazos, a las diferentes propiedades de su conectividad, cuando estos resultados podrían deberse más bien al nivel social de las personas con las que se está relacionado, en el fondo a la diferencia de status. Así, se observa que existen más posibilidades de obtener un resultado positivo cuando se es capaz de entrar en contacto con personas de estatuto social elevado, que para una persona de estatuto social elevado la naturaleza del lazo no incide sobre el resultado obtenido (lógico, ya que sus lazos fuertes se sitúan de por sí a un nivel de recursos y posibilidades alto), mientras que las personas de estatuto inferior sí obtendrían mejores resultados utilizando vínculos débiles en lugar de sus vínculos fuertes<sup>44</sup> (lógico, su universo de relaciones es bajo y para acceder a un nivel superior necesitarían el apoyo de alguien más poderoso o más introducido). En el fondo, se está diciendo algo tan evidente como que los poderosos o las personas relacionadas con poderosos tienen mayores posibilidades de conseguir resultados positivos que aquellos que no tienen acceso a estas fuentes de poder e influencia. En suma, el resultado no depende tanto de la forma de los lazos como de otros elementos que la teoría de la red, al menos inicialmente, no ha tenido suficientemente en cuenta.

Este ejemplo pone al desnudo los límites de querer explicar la dinámica de los actores sociales y sus resultados exclusiva o principalmente mediante la forma de la red. Este paradigma es válido en condiciones de igualdad entre los individuos, pero se revela insuficiente cuando entran en consideración otros elementos del campo social, como la desigualdad y la jerarquía. De ahí el riesgo de aplicarlo acriticamente a las sociedades del Antiguo Régimen. En definitiva, es importante tener en cuenta el capital relacional que aportan los diferentes lazos, pero hay que combinarlo con el resto del capital social de los actores.

En cuanto a la relación entre actores y normas, estamos de acuerdo en que las normas y la cultura no son fuerzas abstractas que mueven a los actores con un poder de causalidad más o menos determinante. Sin embargo, en lugar de obviarlas o subestimarlas,

---

<sup>43</sup> GRANOVETTER, 1973: 1360-1380.

<sup>44</sup> GRANOVETTER, 1982: 105-130; DEGENNE; FORSÉ, 1994: 131.

hay que examinar la relación dialéctica que se da entre actores y normas. El análisis de red permite observar las limitaciones que la red de relaciones ejerce sobre la conducta de los individuos. Pero los actores se hallan en sistemas normativos y tienen su cultura, sus normas y sus creencias. Se relacionan entre sí según sus normas, valores, códigos de conducta, y se relacionan con respecto a las creencias, normas e instituciones vigentes.

Los análisis de red social tienden a ver las normas como exteriores a los individuos, que sólo se guiarían por su interés. Sin embargo, esta conceptualización de la relación entre individuos y normas es muy insuficiente: la norma pueda ser motivación personal (con diferentes grados de adhesiones, creencias y militancias), no tiene por qué ser contraria al interés del individuo, sino que, al contrario, puede constituir la base de su promoción, y, en cualquier caso, forma parte de la evaluación que hace el individuo en la búsqueda de su interés. Por lo tanto, el determinismo de las normas propugnado por los planteamientos holistas más radicales no es excusa para evacuar las normas del campo social, como si no existieran, o como si sólo fueran el resultado de las relaciones entre individuos<sup>45</sup>. Veremos más adelante, en el contexto de la sociedad del Antiguo Régimen, cómo con otros planteamientos más integradores, el análisis de red social podría servir para acercarse empíricamente a la relación entre individuos y normas.

Por último, la relación entre actores y “categorías” se puede analizar en, al menos, dos planos: con respecto a ellos y con respecto a nosotros. Para el análisis de red social las categorías no serían sino el reflejo de las redes estructurales que vinculan a los individuos, y su conocimiento debe emerger del análisis de las relaciones entre los elementos que componen la estructura<sup>46</sup>; esto es, como hemos señalado, deben resultar, por inducción, de la observación de los actores sociales y de sus configuraciones efectivas. Esto tiene otras aplicaciones para la Historia y las ciencias sociales: el análisis de la relación entre los actores y sus representaciones, y, de forma crítica, la percepción de la distancia entre los actores reales y las representaciones que éstos generan sobre sí mismos. Esto tiene aplicaciones importantes para una historia social de la cultura, de las identidades o de los conceptos: Sobre el modo en que, en la experiencia de los actores, se producen formas de conciencia, de identidad y de cultura en común. Sobre las legitimaciones y las ficciones: el modo en que los actores usan esas representaciones para legitimar o deslegitimar su acción colectiva y la de sus adversarios. Sobre los procesos de “construcción de sentido”, esto es, la pugna por dar nombre y sentido a las cosas, por imponer la vara de medir, por definir lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo (y, por lo tanto, a los buenos y a los malos), o por reescribir la memoria y la historia. Entender la lógica social de estas continuas atribuciones de sentido nos ayuda a deconstruir -y a reconsiderar en su contexto efectivo- todas las mediaciones a través de las cuales nos llega la información documental. Por último, la distancia entre actores y categorías pone de relieve los procesos de “atribución” de sentido por parte de los historiadores y los científicos sociales y nos remite, como un

---

<sup>45</sup> IMÍZCOZ, 2004 (en prensa).

<sup>46</sup> DEGENNE, FORSÉ, 1994: 7.

espejo, un conocimiento reflexivo y crítico de nuestra propia epistemología: el modo en que los investigadores sociales vemos – o construimos- esas representaciones como reflejo de nuestra propia historia.

### 3. LOS ACTORES SOCIALES Y EL SISTEMA DE RELACIONES EN LA SOCIEDAD DEL ANTIGUO RÉGIMEN

En trabajos anteriores he intentado buscar el equilibrio necesario entre los elementos estructurales de la sociedad del Antiguo Régimen y el análisis de los actores sociales y de sus redes de relaciones<sup>47</sup>. Criticaba la reificación de las categorías sociales tradicionales - de las clases, grupos socioeconómicos o estamento - entendidas como “cosas”, como formaciones sustantivas y completas a las que se tomaba como agentes de la Historia. Pero, al mismo tiempo, me preocupaba la deriva neopositivista que podía resultar de la negación de dichas categorías, el riesgo de quedarse en simples individualidades, olvidando sus configuraciones colectivas y sus formas de organización social, en lugar de servir como hilo de Ariadna para articular nuevas formas de historia global<sup>48</sup>. Para ello era necesario situar a los actores sociales y a sus relaciones en las formas de organización, en las estructuras organizativas, de cada sociedad. Por eso defendía y me sigue pareciendo importante tener en cuenta, cara a un análisis relacional, el valor analítico relativo de las categorías sociales mejor establecidas: su valor relativo, no absoluto, esto es, con respecto a un referente (la diferencia económica con respecto al aparato de producción, la diferencia jurídica estamental, la estructura comunitaria y corporativa, etc.) y, por lo tanto, como instrumento de análisis necesario –aunque parcial, por relativo- para analizar las relaciones de los actores sociales con respecto a dichos referentes: esto es, sus atributos y posiciones en una organización social fuertemente desigual y jerarquizada.

Los vínculos más característicos de la sociedad del Antiguo Régimen correspondían a unas formas de organización social y, como tales, tenían una entidad organizativa que circunscribía a los individuos en formas de organización específicas y fuertemente establecidas. Para caracterizarlos partía de la conceptualización de François-Xavier Guerra sobre los actores sociales y sus vínculos en la sociedad del Antiguo Régimen y en las sociabilidades democráticas contemporáneas<sup>49</sup>. Los vínculos más característicos del Antiguo Régimen no eran simplemente “relaciones interpersonales” entre individuos libres, autónomos, de una sociedad atomizada, que se asocian según su adhesión libre, voluntaria y revocable. Los vínculos de pertenencia a una familia, parentela, comunidad campesina o urbana, corporación profesional, comunidad religiosa o señorío feudal eran vínculos dados por el nacimiento o por otras vías de pertenencia más o menos formalizadas, como el matrimonio, el ingreso en un gremio, la adquisición de la vecindad, las órdenes o votos religiosos, el vasallaje, etc. Los funcionamientos que estos vínculos comportaban

---

<sup>47</sup> IMÍZCOZ, 1996: 13-50.

<sup>48</sup> IMÍZCOZ, 2001: 28-30.

<sup>49</sup> GUERRA, 1985: cap.III.



—la pertenencia y el estatus en su seno, la integración y la exclusión, la organización colectiva y jerárquica, los derechos y deberes— pesaban sobre los individuos de un modo particularmente imperante. Otros vínculos eran lazos personales contraídos por los individuos, como la amistad, la alianza o la clientela. Aunque en estas relaciones la capacidad de elección era mayor, los términos de la relación estaban preestablecidos por la tradición o costumbre y, en principio, exigían a los individuos pautas de comportamiento, reciprocidades e intercambios más o menos explícitos.

Como tales, estos vínculos fueron particularmente estructurantes. Se regían por reglas de funcionamiento propias, comportaban el ejercicio de una autoridad en el ámbito propio de la relación y conllevaban en principio una acción solidaria en el campo social. Articulaban de forma privilegiada la autoridad, la integración y la subordinación; los derechos y obligaciones; las empresas, economías e intercambios de servicios. Aglutinaban a los hombres y mujeres en grupos o redes que actuaban en negocios comunes, en conflictos y luchas por el poder, configurando la trama grupal de una sociedad.

La función vertebradora de los vínculos del Antiguo Régimen no tiene parangón con las relaciones personales actuales y, para entender su fuerza y significado, la única comparación equivalente en la sociedad contemporánea sería, a mi entender, la de la relación del Estado con el individuo. En aquella sociedad preestatal, anterior al Estado liberal, no existía una división entre lo público y lo privado, en la medida en que “lo público” no había quedado reservado al ámbito del Estado, como “ente impersonal y abstracto, sujeto unitario de derecho público y detentador del monopolio del poder político”<sup>50</sup>, y los vínculos sociales más estructurantes comportaban en mayor o menor grado el ejercicio de una autoridad inherente a la propia relación, circunscrita a su ámbito, y legitimada por la propia organización jerárquica del grupo y por sus normas internas. En cualquier caso, esto significa que la jurisdicción estaba en manos de señores particulares, con importantes consecuencias para la organización social, económica y política, y que sus vínculos personales tenían otro significado que el de las relaciones contemporáneas entre individuos desprovistos de semejantes atribuciones<sup>51</sup>.

En estas relaciones, las personas se regían por unas pautas y expectativas, propias de la relación, que gobernaban su funcionamiento colectivo. Creo que estas pautas no eran exteriores al grupo y a los individuos que formaban parte de él, sino los valores más o menos compartidos de su propia economía moral, unos valores y pautas que correspondían a sus hábitos de funcionamiento, a su costumbre, esto es, a las prácticas y experiencias más habituales de sus miembros.

Los vínculos personales de aquella sociedad comportaban generalmente un alto grado de dependencia del individuo: dependencia del superior jerárquico — del “pater familias” sobre la “casa grande”, del señor feudal sobre sus dependientes, del maestro de taller sobre los oficiales y aprendices, del amo sobre los criados, etc. — y dependencia de las costumbres, normas y obligaciones por las que se regían las comunidades o grupos a

---

<sup>50</sup> FERNÁNDEZ ALBALADEJO, 1992: 87.

<sup>51</sup> IMÍZCOZ, 2004: 53-77.

los que el individuo pertenecía. Al mismo tiempo, estos vínculos no eran realidades estáticas ni sustantivas, sino relaciones que conocían una intensa vida interna, la propia vida de los hombres en sociedad y, por lo tanto, en su seno se observa una amplia gama de variabilidad y ambivalencia en los comportamientos personales<sup>52</sup>.

Este modelo sobre la entidad estructurante de los vínculos del Antiguo Régimen me parecía y me sigue pareciendo especialmente apto para situar a los actores sociales y sus redes de relaciones en el contexto específico de un determinado sistema social. Asumiendo plenamente la personalidad de los individuos como actores y sus relaciones personales como forma de articulación social, permitía, al mismo tiempo, plantear sus dimensiones estructurales y, por lo tanto, una percepción global de la articulación de los actores sociales y del significado de su acción en dinámicas y procesos de cambio específicos. De este modo, la observación de las relaciones entre los actores sociales no se quedaba solamente en la conectividad de individualidades desposeídas de cualquier atributo, sino que incorporaba, al mismo tiempo, sus elementos grupales, jerárquicos, normativos y culturales, entendiéndolos que estos elementos no son algo externo sino interno a la relación y participado de un modo u otro por los propios individuos.

Sin embargo, esta visión estructural de los vínculos sociales no puede anteponerse a la observación de los actores sino que debe resultar de ella. Zacarías Moutoukias ha criticado la visión sistémica de los vínculos sociales propuesta por François-Xavier Guerra, alegando que se trata de una definición en la cual las relaciones sociales tienen un papel preciso y predefinido, que enfatiza los aspectos más ritualizados, y en la que los vínculos corresponderían a las normas y formas culturales que regulan su funcionamiento, cosas que excluirían la observación directa de dichos vínculos<sup>53</sup>. En efecto, en la formulación de F.X. Guerra los vínculos parecen no solamente predefinidos sino excesivamente consensuales, ya que su objeto es mostrar cómo las élites tradicionales movilizan a sus dependientes en la acción política y cómo éstos les siguen y les prestan apoyo y servicio. Como bien expresa Z. Moutoukias, las relaciones sociales son una construcción cambiante y hay que tener en cuenta los márgenes de libertad e incertidumbre dentro de los cuales los individuos pueden manipular las reglas y las representaciones, reactualizándolas. Por ello, no se pueden subestimar el conflicto y la negociación, ni presentar como dadas pautas de comportamiento que son el resultado, siempre contingente, de tensiones.

Estamos de acuerdo en que se trata de partir de la observación efectiva de los actores sociales y de sus relaciones, pero la observación demuestra también que ambos acercamientos, más estructural o más individualizado, no son contradictorios sino complementarios y que se necesitan mutuamente. Veamos un ejemplo desde los análisis de red social, y concretamente desde la obra que Z. Moutoukias toma como principal modelo de referencia. Elisabeth Both ha mostrado, observando la vida de parejas de Londres en los años 1950, que el comportamiento de los individuos con respecto a los roles está

<sup>52</sup> IMÍZCOZ, 1996: 13-50.

<sup>53</sup> MOUTOUKIAS, 1995: 235.

directamente relacionado con la mayor o menor densidad de su red de relaciones o círculo social<sup>54</sup>. A mi entender, hablar del carácter imperativo de las normas en el seno de los vínculos estructurantes del Antiguo Régimen no significa que haya normas por encima de los individuos, fuera de ellos, que se impongan de una manera mecánica, sino – en un sentido relacional, análogo al de E. Both – que esas normas tienen vigencia y se imponen efectivamente, en la medida en que los miembros del grupo las practican y que la densidad de la red de relaciones impulsa al cumplimiento de esas reglas comunes, por ósmosis y convicción, o por la presión de las autoridades del grupo y/o de los demás miembros o actores del entorno. Esto supone que el grado de libertad individual de elección es mayor en una sociedad fuertemente individualizada y abierta, como la occidental contemporánea, en la que los individuos gozan de amplios derechos y autonomía, y es sensiblemente menor en las sociedades tradicionales o antiguorregimentales, fuertemente comunitarias y jerarquizadas. En éstas, la persona siempre goza de un grado de libertad, pero las posibilidades de presión del grupo y de sus autoridades son más fuertes, la dependencia del individuo es por lo general mayor y la ruptura con las normas del grupo puede tener consecuencias especialmente graves para el infractor, llegando hasta su expulsión del círculo social<sup>55</sup>.

A mi entender, los planteamientos de Z. Moutoukias abren especialmente el análisis a la percepción del cambio y de la emergencia de lo nuevo. Sería en los márgenes de libertad e incertidumbre de los individuos donde las relaciones de conflicto y de cooperación pueden transformar las estructuras de sus configuraciones sociales. De este modo, si las dimensiones estructurales son condiciones iniciales de las interacciones entre individuos, a su vez resultan un efecto emergente de ellas. Estos conceptos son importantes para observar mejor la relación entre la acción de los actores sociales y los procesos de cambio de los que estos son agentes. La explicación de la dinámica histórica queda particularmente abierta a la observación de sus protagonistas: abierta hacia futuros posibles y no predeterminada en función de un fin –los resultados de esa historia– que ya conocemos de antemano. Queda preservado el campo de observación como el campo de lo posible. Pequeñas variaciones iniciales pueden acabar provocando importantes efectos, o, al contrario, determinada dinámica, una vez seleccionado su curso, puede determinar su propia dependencia. En este marco de análisis, el historiador puede observar sin predeterminaciones los procesos a través de los cuales “el tiempo transforma en un único pasado la multitud de futuros posibles”. En este proceso, las redes de relaciones personales representarían “tanto el instrumento para observar la dinámica del sistema, como el espacio en el cual se sitúan los mecanismos que lo generan”<sup>56</sup>.

En definitiva, estamos de acuerdo en que es necesario partir de la observación de los actores y de sus redes de relaciones. Pero, por mi parte, me parece importante observar a

---

<sup>54</sup> BOTT, 1990 (1971): 132 ss. , 262 y 268-269.

<sup>55</sup> Así lo muestra, por ejemplo, el caso de la expulsión de Juan de Buztinaga de la casa de la que era dueño y señor, por los elementos fuertes de su parentela; cf. IMÍZCOZ, 2004 (en prensa).

<sup>56</sup> MOUTOUKIAS, 1995: 229 y 235.

los actores no sólo como individualidades interactivas sino en su globalidad: con sus estructuras de organización social, con sus atributos, normas y representaciones. Los análisis de red social pretenden explicar los comportamientos de los individuos como efecto de la forma de la red. A mi juicio, esta aportación es válida pero insuficiente. Para ser plenamente satisfactorios deberían integrar las demás dimensiones de los actores sociales en el sentido en que hemos sugerido. Los individuos y sus interacciones se sitúan en estructuras sociales, sistemas normativos y culturas. Por lo tanto, es necesario observar a los actores en dichas estructuras y percibir cómo éstas les condicionan. Al mismo tiempo, el cambio de las estructuras es un efecto emergente de la acción social y el seguimiento de los actores y de sus redes es un instrumento privilegiado para percibir cómo se producen las dinámicas de cambio. La combinación de ambas dimensiones permitiría valorar en dichos procesos de cambio tanto la emergencia de lo nuevo como las inercias.

#### **4. FUENTES Y APLICACIONES: ELITES, REDES Y CORRESPONDENCIA EPISTOLAR EN LA ESPAÑA MODERNA**

##### **a. Superar historias compartimentadas: la emergencia de nuevas elites dirigentes en la España del siglo XVIII**

En mi caso, y con un grupo de doctorandos en la Universidad del País Vasco, estamos trabajando sobre la emergencia de nuevas elites dirigentes en la España del siglo XVIII<sup>57</sup>. Seguimos a una serie de gentes originarias de tierras hidalgas del Norte de la Península, que salen de simples casas vecinales de los valles y villas de las provincias vascas y del reino de Navarra, para medrar en muy diversos lugares de la Península y de las Indias. Desde la segunda mitad del siglo XVII, estos hombres se enriquecen en actividades mercantiles y financieras y, con la llegada de los Borbones, conquistan posiciones privilegiadas en el gobierno de la Monarquía y del imperio colonial.

Creo que estamos ante la emergencia de una clase dirigente, en buena parte nueva, compuesta por familias que se especializan en actividades administrativas, financieras y mercantiles especialmente relacionadas con la construcción del Estado burocrático, con las finanzas de la Corona y con la gestión y el comercio del imperio colonial<sup>58</sup>. A lo largo del siglo XVIII, los miembros de estas familias se enriquecen en actividades económicas relacionadas con la Corona y el Estado (finanzas reales, aprovisionamiento del Ejército y de la Corte, posición hegemónica en el comercio colonial) y se reproducen con gran fuerza en la alta administración y en la cúspide del Ejército, la Marina y la Iglesia.

---

<sup>57</sup> En el marco de los proyectos de investigación: "De la aldea a la corte y de España a América: Vascos y navarros en el gobierno del Imperio borbónico (siglos XVIII-XIX)" (años 2001 y 2002), y "A la sombra de la Corona. Las élites vascas y navarras en las estructuras políticas y económicas de la Monarquía en la Edad Moderna: redes de poder, negocios y transformaciones sociales" (años 2003-2004).

<sup>58</sup> IMÍZCOZ, 2000 (en prensa).

La estructura humana de sus negocios, estudios y carreras administrativas es la de unos grupos de familias que trabajan, se reproducen y renuevan siguiendo sus relaciones de parentesco, amistad, paisanaje y patronazgo. Estos hombres sitúan sistemáticamente a sus jóvenes parientes colaterales en sus negocios y administraciones. Los miembros de estas parentelas se introducen y prosperan en una gran pluralidad de instituciones, actividades y geografías. Son elites polivalentes: grupos familiares cuyos miembros se elevan en carreras diferentes pero que, al mismo tiempo, están relacionados y actúan muchas veces con intereses comunes e intercambios significativos<sup>59</sup>.

Estas familias se caracterizan por una gran movilidad geográfica y social, así como por la polivalencia de los sectores de actividad en los que sus miembros actúan y la variedad de atributos económicos, culturales, etc., según sus "niveles sociales", en el seno de un mismo grupo de parentesco. Estas características hacen especialmente necesario un seguimiento de los actores sociales y un análisis de red que supere las fronteras de las categorías sectoriales con las que habitualmente se les ha intentado definir. En efecto, sus trayectorias desbordan los compartimentos estancos clásicos. Su economía supera ampliamente el concepto estrecho de familia y se apoya en amplias relaciones de parentesco, de tal modo que la clave del ascenso familiar, su motor más inmediato, no es tanto el linaje paterno-filial, tradicional en las sociedades agrarias, sino las relaciones de parentesco colateral. Sus características sociales desbordan los conceptos de clase, grupo socioeconómico o estamento, ya que estos grupos de parentesco relacionan a gentes de muy diversa condición. En muchos casos, el ascenso social de una de estas familias es rápido, pasando en dos o tres generaciones de campesinos a comerciantes y a virreyes, con lo cual, aunque se sitúe en la cúspide de la sociedad estamental, mantiene relaciones estrechas con sus parientes campesinos, comerciantes, etc. Además, la familia que asciende tira a su vez de los parientes colaterales, que pasan de la labranza al comercio, o a la administración real, dando lugar a una dinámica de gran movilidad. Desde el punto de vista socio-económico y estamental, el grupo de parentesco aparece como una pirámide social compuesta por familias de niveles y rasgos a veces muy diferentes, que cubren incluso toda la escala social, desde campesinos de azada que no saben hablar castellano a ministros e ilustrados que lideran la modernidad política e intelectual española: familias de campesinos, comerciantes, financieros, burócratas, cortesanos, mandos militares, alto clero, que se hallan en niveles sociales diferentes pero que se relacionan más o menos estrechamente entre sí. Estas familias desbordan también los marcos socio-profesionales estrechos: no son sólo familias de "comerciantes", o de "financieros", o de "burócratas", o de "militares", ya que sus miembros prosperan en actividades, carreras e instituciones diversas. Así mismo, desbordan las fronteras de las instituciones administrativas, pues, aunque destaquen en alguna de ellas, sus redes de poder se extienden simultáneamente por diferentes administraciones. Por último, su geografía desborda los marcos tradicionales de la comunidad local o de la región, ya que sus miembros se extienden "a escala de

---

<sup>59</sup> IMÍZCOZ; GUERRERO, 2004.

imperio” y sus redes sociales conectan ámbitos de influencia y riqueza geográficamente alejados, entre la corte y las provincias, entre la metrópoli y las Indias, siendo este capital relacional una de las claves de su dinámica<sup>60</sup>.

Por lo tanto, el análisis de estas familias y de la dinámica histórica en la que participan, y en la que sus miembros son actores de primera fila, requiere un tratamiento global que supere los enfoques sectoriales y espaciales clásicos que se han empleado hasta ahora: sólo partiendo de los actores y de sus redes sociales se pueden descubrir las relaciones que existían entre sectores de actividad, territorios y dinámicas históricas aparentemente muy diferentes y distanciadas, y hacerlo desde la percepción aguda de la coherencia interna que procura el seguimiento de los actores sociales.

### **b. Las fuentes: correspondencias epistolares y redes sociales**

La correspondencia epistolar es especialmente necesaria y útil para conocer las redes sociales de las familias con las que estamos trabajando, en la medida en que una buena parte de sus miembros y de sus relaciones se mueven en territorios muy diversos y en que, para sus negocios, carreras y trayectorias, se comunican entre ellos mediante cartas<sup>61</sup>.

Como fuente documental, la correspondencia epistolar aporta información privilegiada tanto para un análisis de las características estructurales de la red como para conocer los contenidos cualitativos de las relaciones entre actores sociales: los intercambios que se movilizan a través de ellas, las funciones y atributos de cada vínculo como del conjunto de la red, así como otros elementos referidos a los valores e ideas con los que actúan y se relacionan los actores sociales.

Nuestro planteamiento metodológico se centra en una explotación intensiva de la correspondencia epistolar y, en este sentido, dista mucho de los usos más habituales de la correspondencia que se han practicado hasta ahora. No se trata de un empleo episódico de las cartas para completar información, o para ilustrar, por ejemplo, aspectos de la vida familiar o de la vida cotidiana, ni de utilizar las expresiones de parentesco, amistad o patronazgo que emplean los autores de las cartas para un análisis meramente formal o nominal de sus relaciones. Por otra parte, para el análisis de red social no sirven cartas sueltas ni correspondencias entre dos corresponsales, sino que se requiere el conjunto de la correspondencia completa que mantuvo un actor con sus diferentes corresponsales.

Una correspondencia epistolar bien conservada nos ofrece una percepción detallada de la red egocentrada del destinatario de las cartas. Con algunas salvedades. En primer lugar, el trabajo será más rico cuando, además de las cartas recibidas, se conserven los copiadore de cartas en que a veces un personaje consignaba los borradores de las misivas

---

<sup>60</sup> IMÍZCOZ, 2003a.

<sup>61</sup> Los doctorandos y nosotros mismos trabajamos intensivamente con las correspondencias epistolares de los baztaneses Gastón de Iriarte, del ministro Juan-Bautista de Orendain, de los comerciantes con Indias Ruiz de Apodaca, de los comerciantes coloniales Marticorena, de familias de la oligarquía bilbaína, de los Belaústegui, comerciantes establecidos en el Río de la Plata, y de los ilustrados de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

que enviaba. Por otra parte, la correspondencia epistolar sólo refleja la parte de la red egocentrada con la que ego se relaciona a través de cartas, ya sea directamente (los corresponsales) o indirectamente (las referencias de los corresponsales a personas con las que se hallan relacionados). No recoge, lógicamente, las relaciones con aquellas personas con las que, por su proximidad geográfica, se relaciona directa y oralmente, sin mediación epistolar, aunque en las cartas pueden quedar reflejadas también algunas de estas relaciones, aunque sólo sea indirectamente. Para este tipo de relaciones del círculo social geográficamente inmediato – el de la propia aldea o ciudad- será necesario contentarse con las posibilidades, más limitadas, que ofrece la documentación notarial y judicial clásica.

La información que aporta la correspondencia epistolar sobre las relaciones entre actores es de gran riqueza cualitativa. Las cartas informan sobre relaciones efectivas, no sobre vínculos nominales. Muestran su funcionamiento real y revelan la globalidad de sus dimensiones. Las relaciones aparecen con sus contenidos y atributos. Evidencian su funcionalidad operativa real. Revelan el capital relacional y su uso, las funciones de mediación, el desarrollo de la acción y la movilización de los actores implicados, la circulación de la información, los intercambios de bienes y servicios, etc. Revelan también el significado que dan a sus relaciones los propios actores implicados. Expresan los valores, normas o ideas con las que éstos actúan y se relacionan. Así mismo, la secuencia cronológica de la correspondencia muestra algo que los análisis de red social de los sociólogos no suelen percibir: la duración, la evolución de las relaciones, sus regularidades y variaciones, su renovación y durabilidad, así como la evolución de la forma de la red en relación con la propia historia de los actores sociales y de sus contextos. La información de la correspondencia epistolar sobre los asuntos o acciones en las que los actores se hallan implicados revela en su máxima amplitud documental la pluralidad de contenidos de estas relaciones, así como las dinámicas individuales y colectivas del grupo de actores relacionados. Esto es, asocia, en la acción real, la red de relaciones con la pluralidad de dimensiones de la realidad en que los actores se mueven y con los procesos históricos en los que participan: afectos, economías, relaciones de poder, conflictos y solidaridades, universos culturales e ideológicos, etc. Todos estos elementos tienen un valor inestimable para un análisis cualitativo de las relaciones y del funcionamiento de la red social.

El trabajo con la correspondencia epistolar empieza con la identificación nominal de los actores y de sus relaciones, tanto de los corresponsales directos, autores de las cartas, como de todas las personas relacionadas con ellos a las que hacen referencia en sus cartas: quiénes son, qué son unos con respecto a otros, qué relaciones mantienen unos con otros. Con esta información se pueden medir las características relacionales de la red, tanto las propiedades de la red en su conjunto como las características de las diversas relaciones o grupos de relaciones. Por ejemplo, según los parámetros habituales en los análisis de red social, se puede conocer el tamaño (o número de personas implicadas), la composición (o tipo de vínculos: de familia, amistad, etc.), la frecuencia de las relaciones (o número de interacciones en un periodo determinado), la densidad (o porcentaje de relaciones efectivamente existente en función del número máximo posible), el rango (o número de vínculos de una persona), la accesibilidad (o capacidad de la red de permitir

el acceso de unos nodos a otros), la dirección (o sentido de una relación), el contenido (o tipo de intercambio que vehicula una relación), la durabilidad (o periodo de vigencia de una relación), la centralidad o la dispersión (que permite detectar la presencia en la red de núcleos de mayor poder e influencia respecto a otros más periféricos), etc.

La correspondencia epistolar revela con una riqueza cualitativa extraordinaria las funciones efectivas de los diferentes vínculos y de la red en su conjunto. Funciones de compañía social (o realización de actividades conjuntas), informativas, de acceso a fuentes de riqueza y poder, de acceso a nuevos contactos, de mediación con otras redes o instancias, de promoción y colocación profesional, de asesoramiento técnico o estratégico (para matrimonios, inversiones, gestiones burocráticas, trámites legales, etc.), de financiación, de orientación educativa en función de las posibilidades de acceder a determinada colocación, etc. Funciones de regulación (o control social), a través de interacciones que ejercen una influencia y autoridad, que recuerdan y reafirman las responsabilidades y roles, que neutralizan las desviaciones que contradicen las expectativas colectivas, que median en la resolución de conflictos internos<sup>62</sup>.

La correspondencia revela el grado de prevalencia (el tipo prevalente de intercambios personales) o de polivalencia (la combinación de funciones) que caracterizan de forma dominante a los diferentes vínculos y a la red en su conjunto. Cada vínculo de la red puede cumplir diversas funciones, pero las relaciones más intensas de familia y amistad suelen cubrir simultáneamente un número importante de funciones. A su vez, la densidad revela el grado de cohesión entre los miembros de la red: los parientes cercanos que son íntimos entre sí, los amigos de ego que son amigos entre sí, etc. Una red con un nivel de densidad muy elevado favorece la conformidad de sus miembros, por la presión para la adaptación del individuo a las reglas del grupo y, si persiste la desviación del individuo, favorece su exclusión del círculo social<sup>63</sup>.

Por último, la correspondencia epistolar, al descubrirnos las actividades y trayectorias en que se hallan implicados los actores, sirve como hilo conductor para encontrar todo tipo de fuentes documentales directamente relacionadas con esa dinámica.

Pero el estudio de la conectividad entre actores sociales, de cómo se relacionan en la acción, es un instrumento, no un fin en sí mismo. Lo que nos interesa es cómo estos actores son protagonistas de historia y agentes de cambio histórico. Esto nos lleva más lejos. La correspondencia epistolar permite observar la acción de los actores sociales en una amplia pluralidad de dimensiones y de una forma global. Global en el sentido de que actúan simultáneamente en actividades, instituciones y geografías que habitualmente solemos percibir disociadas, pero que, a través de la correspondencia epistolar, se perciben relacionadas entre sí. Por este cauce, se percibe la relación íntima –no sobrevenida– entre dimensiones históricas que los historiadores trabajamos en disciplinas separadas (lo político, lo económico, lo social, lo cultural...), lo que abre una vía importante para percibir con un grado de coherencia superior procesos de cambio complejos.

---

<sup>62</sup> SLUZKI, 1996: 48-59.

<sup>63</sup> SLUZKI, 1996: 46.



## BIBLIOGRAFIA

- BARROS, C. (ed.), 1995 - *Historia a debate*, t.II: Retorno del sujeto, Santiago de Compostela.
- BLOCH, M., 1952 (1949) - *Introducción a la Historia*, México, FCE.
- BOTT, E. 1990 (1971) - *Familia y red social. Roles, normas y relaciones externas en las familias urbanas corrientes*, Madrid, Taurus.
- BOURDIEU, P., 1980, - *Le capital social. Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 31, enero 1980
- DEDIEU, J.P.; MOUTOUKIAS, Z., 1998 - *Approche de la théorie des réseaux sociaux*, en J.L.Castellano Y J.P.Dedieu (dirs.), "Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien Régime", Paris, CNRS.
- DEGENNE, A.; FORSÉ, M., 1994 - *Les réseaux sociaux. Une analyse structurale en sociologie*, Paris, A. Colin.
- DOSSE, F., 1997 - *L'empire du sens. L'humanisation des sciences humaines*, Paris, La Découverte.
- FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., 1992 - *Fragmentos de Monarquía. Trabajos de Historia política*, Madrid, Alianza.
- FOMBUENA VALERO, J., 2003 - *Redes sociales*, en A. ARIÑO (ed.), "Diccionario de la solidaridad", Valencia, vol.I
- GOZZINI, G. 1991 - *Génesis y desarrollo de la Historia Social en Italia*, en S. Castillo (coord.), *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, Siglo XXI.
- GRANOVETTER, M., 1973, - *The Strength of Weak Ties*. "American Journal of Sociology", 78 (1973), pp.1360-1380.
- GRANOVETTER, M., 1982 - *The Strength of Weak Ties: a Network Theory Revisited*, en Peter V. Marsden, Nan LIN (eds.), "Social Structure and Network Analysis", Beverly Hills-Londres- Nueva Delhi, Sage, pp.105-130.
- GRIBAUDI, G., 1992 - *La metafora della rete*. "Meridiana. Revista di Storia e Scienze Sociali", n°15, 1992, pp. 91-108.
- GRIBAUDI, M. , 1996 - *Echelle, pertinence, configuration*, en J. Revel (dir.) - "Jeux d'échelle. La micro-analyse à l'expérience", Paris, 1996, pp.127-129.
- GUERRA, F.X., 1985 - *Le Mexique, de l'Ancien Régime à la Révolution*, Paris, L'Harmattan-Publ. de la Sorbonne, cap. III.
- GUERRA, F.X. 1990 - *Pour une nouvelle Histoire politique: acteurs sociaux et acteurs politiques*, en "Structures et cultures des sociétés ibéroaméricaines", Bordeaux, MPI.
- IMÍZCOZ, J.M., 2003 - *Redes, grupos, clases: algunas reflexiones en torno a un problema*, en "Grupos, clases y redes sociales. Teoría y Análisis, Seminario Familia y élite de poder, siglos XV-XIX", Murcia, 12 y 13 de mayo de 2003 (en prensa).
- IMÍZCOZ, J.M., 1996 - *Comunidad, red social y élites. Un análisis de la vertebración social en el Antiguo Régimen*, en J.M. Imízcoz (dir.), "Elites, poder y red social. Las élites del País Vasco y Navarra en la Edad Moderna", Bilbao, Universidad del País Vasco
- IMÍZCOZ, J.M.; R. GUERRERO, 2004 - *Familias en la Monarquía. La política familiar de las elites vascas y navarras en el Imperio de los Borbones*, en J.M. Imízcoz (ed.), "Casa, familia y sociedad", Bilbao, Universidad del País Vasco Bilbao, pp. 177-238.
- IMÍZCOZ, J.M., 1995 - *Actores sociales y redes de relaciones en las sociedades del Antiguo Régimen. Propuestas de análisis en Historia social y política*, en Actas del Congreso Internacional "Historia a Debate", Santiago de Compostela, 1995, t. II, pp.341-353.
- IMÍZCOZ, J.M., 2000 - *La construcción de cierta España. Las élites vascas y navarras en la Monarquía hispánica, siglos XVI-XVIII*, Colloque International "La Monarchie hispanique, XVIe-XVIIIe siècles", Paris, EHES.
- IMÍZCOZ, J.M., 2001 - *Actores sociales y redes de relaciones: reflexiones para una historia global*, en J.M.Imízcoz (dir.), "Redes familiares y patronazgo. Aproximación al entramado social del País Vasco y Navarra en el Antiguo Régimen (siglos XV-XIX)", Bilbao, Universidad del País Vasco.

- IMÍZCOZ, J.M., 2003 - *Parentesco, amistad y patronazgo. La economía de las relaciones familiares en la hora navarra del siglo XVIII*, en C. FERNÁNDEZ y A. MORENO (eds.), "Familia y cambio social en Navarra y País Vasco. Siglos XIII al XX", Pamplona.
- IMÍZCOZ, J.M., 2004 (en prensa) - *Actores en contextos* en Z. Moutoukias (ed.), "Réseaux sociaux et histoire sociale", París, EHESS.
- IMÍZCOZ, J.M., 2004 - *El entramado social y político*, en A. FLORISTÁN (Coord.), Historia de España en la Edad Moderna, Barcelona, Ariel, pp. 53-77.
- INNERARITY, D. 2001 - *Ética de la hospitalidad*, Barcelona, Península.
- JULIÁ, S. 1992 - "¿La historia en crisis?", El País, julio de 1992.
- LAZEGA, E., 1998 - *Réseaux sociaux et structures relationnelles*, París, PUF.
- LEVI, G., 1990 - *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, Madrid.
- MOLINA, J.L., 2001 - *El análisis de redes sociales. Una introducción*, Barcelona, ed. Bellaterra.
- MOUTOUKIAS, Z. 1995 - *Narración y análisis en la observación de vínculos y dinámicas sociales: el concepto de red personal en la Historia social y económica*, en M. BEJERG y H. OTERO (Comp.). "Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna", Tandil, IEHS-CEMLA.
- PISELLI, F., 1994 - *Famiglia e networks sociali. Tradizione di studio a confronto*. "Meridiana. Revista di Storia e Scienze Sociali" n° 20, 1994, pp.45-92.
- REQUENA SANTOS, F., 1989 - *El concepto de red social*. "REIS", n° 48, 1989, pp.137-152.
- REQUENA SANTOS, F., 2003 - *Análisis de redes sociales. Orígenes, teorías y aplicaciones*, Madrid, CIS, ed. Siglo XXI.
- SANZ MENÉNDEZ, L., 2003 - *Análisis de redes sociales: o cómo representar las estructuras sociales subyacentes*. "Apuntes de Ciencia y Tecnología", n° 7, junio 2003.
- SLUZKI, E. Carlos, 1996 - *La red social: frontera de la práctica sistémica*, Barcelona, Gedisa.
- THOMPSON, E.P. 1981 - *La miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica.
- THOMPSON, E.P., 1977- *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832*, Barcelona, Laia.